



REVISTA DE LIBROS

Relecturas

Respuestas a “Sobre la diatriba (*On the Rant*)”

Vol. 9 No. 16 · 17 de septiembre de 1987¹

Señor: Lo que parece sugerir la larga y violenta reseña de E. P. Thompson de mi *Fear, Myth and History* es que las perspectivas ortodoxas sobre los *ranters* de Hill, Morton y McGregor son sacrosantas y que cuestionarlas implica ponerse en el papel de un parásito desdeñador, intelectualmente mediocre, tedioso y políticamente sospechoso. La caricatura de mi libro en torno a la cual gira su reseña no es digna de los mejores esfuerzos polémicos del señor Thompson, y su estri-dente asociación de mi persona con la anti-historia, con Thatcher y Tebbit (como presuntamente anti-Cristo o anti-Marx) tiene algo de comedia macabra, que recuerda más a la representación del anticristo de Thomas Edward que a uno de los mejores y más ampliamente respetados histo-riadores del siglo. Escribí mi libro porque no estaba convencido con los relatos convencionales del fenómeno *ranter*. A pesar de la agresión del señor Thompson, sigo sin estar convencido. Si la pena para tal escepticismo es ser condenado al *gulag* de la anti-historia del señor Thompson, no conoz-co ninguna otra corte de apelaciones más allá del buen juicio de mis colegas historiadores. Pero la voz de los heresiógrafos —celebratoria o condenatoria— nunca debería convencer por sí sola.

John Colin Davis

Massey University, New Zeland

1 Los comentarios que se incluyen aquí fueron publicados en tres números de la *London Review of Books* en respuesta a Thompson, Edward P.: “On the Rant”, *London Review of Books*, Vol. 9, No. 13, 9 de julio de 1987. Los de Davis y Scott salieron en el Vol. 9 No. 16, del 17 de septiembre de 1987. El de Thompson se publicó en el Vol. 9 No. 17, del 1 de octubre de 1987 y el de Smith en el Vol. 9 No. 18, del 15 de octubre de 1987. Las traducciones fueron realizadas por Martín P. González y Andrés Gattinoni con la autorización de John Colin Davis, Jonathan Scott, Nigel Smith y Kate Thompson. Todas las notas son de los traductores.

Señor: Por lo menos, *Fear, Myth and History* de J. C. Davis es breve y ajustado al tema. La reseña de E. P. Thompson, apropiadamente llamada “Sobre la diatriba” (*On the Rant*), no es ninguna de las dos cosas. En efecto, como alguien que ha admirado por muchos años la labor política del profesor Thompson contra las armas nucleares, espero que ahora se pueda dedicar de lleno a esto y deje definitivamente de lado su otro sombrero, el de historiador profesional. Pues el texto de Thompson es sobre política actual, no sobre historia del siglo XVII, y una de las funciones del libro de Davis es mostrarnos las consecuencias lamentables de confundir esas dos cosas. Más allá de ser encargada por una “prestigiosa editorial universitaria” y de las reseñas favorables que ha recibido, el libro de Davis es, según nos quiere hacer creer Thompson, un “magro pedazo de anti-historia” que nunca debería haber sido escrito. Su “magrez”, a los ojos de Thompson, puede resultar de la posibilidad, que deja ver la reseña, de que no haya entendido en absoluto el sentido más amplio del libro.

El brevísimo libro de Davis es tan potente precisamente porque, al concentrarse en una pequeña área de la historia del siglo XVII, plantea lo que posiblemente sea el mayor problema que enfrenta la práctica de la historiografía profesional hoy en día. Todos los historiadores profesionales tienen una opción. Por un lado, pueden elegir ejercitar su imaginación histórica para viajar a otro tiempo y espacio, y a otra forma de pensar. Ese viaje (mental) en el tiempo es igual que el viaje en el espacio y supone algunas decisiones: podemos optar por el paquete turístico (“Siglo XX, con pensión completa”) o decidir ir a fondo y vivir como los pobres con los habitantes indígenas. Uso esta metáfora consciente de sus limitaciones prácticas: el *intento* imaginativo de tal viaje es, sin embargo, la esencia misma del oficio del historiador. Es de este modo que los historiadores pueden tratar de ampliar tanto su experiencia como la de aquellos con quienes es su trabajo compartirla. Esta es la única función instructiva específica que la historia tiene para ofrecer como disciplina, y un subproducto de ella debería ser una mayor tolerancia a la variedad y la diferencia entre las personas, así como a través del tiempo. Este es también, dicho sea de paso, el único modo en que los historiadores pueden contribuir como tales al objetivo político declarado del profesor Thompson: escapar del precipicio de la aniquilación nuclear. Este es un problema humano más que tecnológico, y que sólo podrá resolverse cuando la ignorancia sea reemplazada por algún tipo

de disposición a tolerar la diferencia. Esta última es una cualidad perceptiblemente ausente de la reseña del profesor Thompson.

La otra opción para los historiadores es usar los registros del pasado simplemente para confirmar y apuntalar posturas y prejuicios políticos actuales. Este es el verdadero significado de anti-historia, porque no supone ningún compromiso con la dimensión temporal, ningún intento de correrse de los supuestos del presente y ningún ejercicio de imaginación histórica de ningún tipo. De las dos opciones, ésta es mucho más fácil y es mucho más probable que alcance popularidad en los tiempos que corren. Sin embargo, no puede enseñarnos absolutamente nada: sólo puede hacernos más elocuentes y firmes en nuestra ignorancia. Y un subproducto de esta elección es que también hace mucho más difícil el trabajo de los historiadores profesionales por la distorsión, abuso y tergiversación del registro histórico que supone. El paisaje historiográfico del siglo XVII es un espantoso, y por momentos casi impenetrable, basurero de mitología y desinformación amontonadas de ese modo tanto por la “izquierda” como por la “derecha”. Se hace cada vez más difícil encontrar una ventana entre las complicaciones de la historiografía que nos permita tener la más mínima perspectiva de la historia.

El libro de Davis toma tan sólo un pequeño aspecto de este desorden para demostrar de manera irrefutable un problema mayor: que quien a hierro mata, a hierro muere (y debemos tener cuidado de no morir con él); que los propagandistas de hoy encontrarán su evidencia principalmente en los propagandistas de ayer; y que incluso los historiadores “de izquierda” de hoy pueden morder el anzuelo, la línea y la carnada de la propaganda “de derecha” de la era anterior. No sorprende demasiado que esta ironía saque de quicio al profesor Thompson. Ya es bastante malo acusar a alguien que ha puesto su historia al servicio de su política de estar históricamente equivocado. Acusarlo al mismo tiempo de una cohabitación política perversa es la gota que rebalsa el vaso.

La razón por la que los historiadores de izquierda terminan tragándose los mitos de la derecha, y viceversa, es que, desde el punto de vista de la práctica histórica, no hay diferencia entre ellos. Y, *pace* Thompson, Davis claramente no está atacando a los historiadores “de izquierda” desde una postura “de derecha”. Está lanzando una advertencia a los historiadores que

usan el pasado principalmente al servicio político del presente que, en el proceso, empobrecen el presente y se equivocan con el pasado. Cualquier historiador profesional serio —particularmente quienes luchan por rescatar el pensamiento político del siglo XVII de aquél del XX— aplaudirán cada página de este mensaje.

En efecto, es un ejemplo miserable de lo que el profesor Thompson llama “estos últimos tiempos” que publicar un libro de estas características requiriera de parte de Davis no sólo una erudición meticulosa sino también algo de coraje. Ha cosechado su debida cuota de maltrato. El punto de Davis, sin embargo, permanece completamente intacto y es fundamentalmente histórico, mientras que el maltrato queda como algo predecible e irrelevantemente político. Las personas interesadas en la práctica de la historia y su futuro deben ahora leer el libro de Davis por su cuenta y analizar detenidamente este asunto. Quienes están interesados en la política actual en Inglaterra reconocerán en los términos que Thompson considera apropiado aplicar al trabajo de Davis —“una mueca burlona a lo Tebbit” y “el thatcherismo oculto del pensamiento histórico en ascenso” (¿qué extraordinario esnobismo de clase es este?)— signos de una frustración política contemporánea que puede ser comprensible pero que no tiene nada que ver con los asuntos históricos.

Jonathan Scott

Victoria University of Wellington

Vol. 9 No. 17 · 1 de octubre de 1987

Señor: Mi reseña de *Fear, Myth and History* no era una controversia política sino una defensa de la historia en contra de la ideología. El noventa y cinco por ciento del texto —que ni Davis ni Scott abordan— se refería a preguntas sustantivas acerca de los *ranters* y la tradición antinomista; cinco por ciento eran ornamentos retóricos políticos provocados por los pesados ataques del propio J. C. Davis contra el Grupo de Historiadores del Partido Comunista de hace cuarenta años. Describí a su libro como “una obra de anti-historia” porque “no descubre ninguna fuente nueva ni arroja nuevas luces sobre lugares oscuros, sino que su objeto es destruir los descubrimientos de los investigadores y dejar en su lugar nada más que una mueca burlona”. Considero que a su tratamiento del antinomismo le falta precisamente ese ejercicio de imaginación histórica al que apela Scott. No obstante, la elevación de las premisas ideológicas por encima de los procedimientos de la investigación empírica o de la recuperación imaginativa no es una infracción peculiar de la “derecha” ni de la “izquierda”. Hace nueve años, cuando escribí *Miseria de la teoría*², fue especialmente flagrante entre algunos de los que se consideraban a sí mismos marxistas. Hoy en día, los rufianes ideológicos pertenecen mayormente a la derecha política, cuyos malos modales intelectuales se están volviendo espectaculares. Davis, un académico de Nueva Zelanda, no es responsable de esto: pero ¿qué hace la palabra gulag en su carta?

Edward P. Thompson

Upper Wick, Worcester

2 Thompson, Edward Palmer: *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, Merlin Press, 1978 (edición en castellano: *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981).

Vol. 9 No. 18 · 15 de octubre de 1987

Señor: Si va a haber un debate público amplio sobre los *ranter*s, que sea uno de sustancia y no de sombras. A pesar de las advertencias de J. C. Davis y Jonathan Scott de no confundir la política contemporánea con el ejercicio de la investigación histórica —una confusión que ambos ven en la reseña hecha por E. P. Thompson del estudio de Davis sobre los *ranter*s—, ellos no dejan de concentrarse totalmente en la dimensión política, evitando, por lo tanto, las objeciones históricas que plantea Thompson. La intención de Davis es mostrar que los historiadores de izquierda han sido engañados por la imagen peyorativa de los *ranter*s proyectada sobre ellos por sus enemigos. Thompson enfatiza correctamente que esa representación no era sólo un castigo, sino también un medio para imponer la disciplina entre los puritanos radicales después de 1651. Se pregunta por qué Davis le da tanta importancia a esto, cuando la mayoría de los otros historiadores lo aceptaron hace mucho. Lo que Thompson no señala es que Davis no “viaja ... a otra forma de pensar”, como dice Scott, para ponerse en el lugar de los *ranter*s. En lugar de eso, Davis acepta el hombre de paja *ranter* de los heresiógrafos y los marxistas y muestra cómo ninguno de los individuos acusados de *ranter*s se ajustaba al modelo. En cambio, suelen resultar ser “entusiastas espirituales”, y ahí termina el argumento de Davis o, mejor dicho, vuelve sobre los defectos de los historiadores de izquierda y su retórica.

Para mí, el “entusiasmo espiritual” es el punto de partida de la investigación. Lo que es crucial es el modo en que el nombre impuesto desde afuera de “*ranter*” interactúa con la imagen de cada individuo de sí mismo. Como muestra Thompson, Davis no logra dar cuenta del amplio atractivo, intelectual y espiritual, del impulso antinomista y perfeccionista tan bien descrito por Christopher Hill. Paradójicamente, es a través de esta mirada rígida y limitada que Davis puede resolver algunos problemas difíciles. Uno de los mejores momentos de su libro es la demostración de que Richard Coppin era tanto antinomista como universalista (o incluso arminiano). El suelo fértil para los historiadores es el lenguaje contradictorio de la religión radical, con sus códigos, evasiones e inconsistencias. De modo que, mientras que Thompson hace bien en enfatizar el

elemento solifidiano en el *Free Grace*³ (1645) de John Saltmarsh, no muestra cómo él intentó reconciliar la gracia libre con la retórica del calvinismo predestinario. Thompson ha sido injusto con su propia tradición disidente al ignorar (a diferencia de Davis) al historiador que ha hecho más para trazar el mapa de la mente religiosa radical: G. F. Nuttall⁴.

Una de las tesis de Davis es que los llamados *ranter*s no tenían contacto entre sí. De hecho, oculta la evidencia publicada que confirma que los miembros de un pequeño “núcleo *ranter*” sí se escribían durante su breve período de fama. El testimonio de cartas y registros locales, así como también de panfletos, parece indicar que había un nexo amplio de espiritualistas radicales, en contacto cercano entre sí y que interactuaban también con quienes estaban afuera de las sectas. Era en este ambiente que la palabra “*ranter*” circulaba y, en la década de 1650, “cuáquero” era un término usado para describir a los individuos involucrados que no era menos inestable ni menos fiel.

Scott habla como si fuera posible escribir una historia libre de sesgos políticos. Eso es absurdo. La energía en la escritura de la historia es generada por las predisposiciones de los historiadores. Descifrarlas es parte del oficio de todos los historiadores.

Nigel Smith

Keble College, Oxford

3 Saltmarsh, John: *Free Grace: Or, The Flowings of Christs Blood Free to Sinners Being An Experiment of Jesus Christ upon One Who Hath Been in the Bondage of a Troubled Conscience*, Londres, Giles Calvert, 1646 [1645].

4 Geoffrey Fillingham Nuttall fue un pastor congregacionista e historiador galés, especialista en Richard Baxter, Philip Doddredge y los grupos no conformistas del siglo XVII. Entre sus libros más influyentes se encuentran *The Holy Spirit in Puritan Faith and Experience*, Oxford, Blackwell, 1946 y *Visible Saints: The Congregational Way 1640-1660*, Oxford, Blackwell, 1957.